

TOLE, CATOLE, CUNETA JAVIER VILLÁN

Traduc. de G. Niño de Guzmán
Tusquets. 195 págs., 1.900 ptas.

Como el propio Javier Villán afirma a propósito de este exquisito libro, tal vez nuestro único paraíso es la infancia. Y a ella se retrotrae este polifacético escritor, crítico teatral, experto taurino y poeta casi oculto que se desgrana en la Prensa diaria. Aquí se ocupa de la infancia y de los juegos tradicionales que habitaban en la niñez de tantos españoles durante años, ilustrado con unos espléndidos dibujos de David Ouro.

Todo paraíso está perdido irremediablemente, pero en el universo circular de la infancia la existencia se configura en la repetición, que instaaura el tiempo que se cita a sí mismo, como en las reglas de los juegos. En su recurrencia el tiempo se suspende, parece diluirse en el inconsciente del niño, y ahí permanece en su ansia de eternidad. Villán, como poeta-niño, ha sabido bucear en esa memoria de la infancia, con palabra clara y lírica, sencilla en su formulación pero compleja en su reflexión, mostrándonos esos juegos de los años 50 donde la imaginación era valor de vida y de futuro. Contrasta en esta sociedad de fin de milenio la necesidad de un buen presupuesto para que los niños actuales puedan divertirse. Videoconsolas, navegación en internet, videos, tampoco tienen como primordial función ayudar a la comunicación entre los más pequeños. Frente a los juegos eminentemente colectivos que nos describe con añoranza Villán, baratos y callejeros, el niño actual se cierra sobre sí mismo con aparatos que en pocos meses quedan desfasados.

La lectura de este evocador inventario de juegos supone volver a disfrutar de un tiempo, de una jerga lingüística que Villán magistralmente espiga. Su memoria lúdica nos permite así hacerla nuestra, padres e hijos visitarán unos años que son en la lectura presente, auténticos, porque hablan de ese lugar que todos seguimos poblando como fantasmas, ese paraíso interior que es la infancia.

Beatriz HERNANZ

INDIVIDUOS S.A.

GUILLERMO BUSUTIL

Arguval, Málaga, 1999. 186 páginas, 1.250 pesetas

El nombre de Guillermo Busutil, granadino de 38 años, afinado en Málaga desde hace casi dos lustros, no resulta desconocido para los observadores atentos del panorama literario. Hace ya varios años que milita en el relato corto, gana concursos de prestigio como el Barcarola, el Max Aub o el NH de relatos y ejerce el periodismo cultural desde las páginas de un rotativo malagueño o desde sus colaboraciones en un programa de radio. La aparición de su primer volumen de relatos, *Individuos S.A.*, es la confirmación de una sospecha correada a voces desde hace tiempo.

En una breve referencia al sello editorial que lo publica, es de justicia decir que Arguval se orienta, roza la solapa, "a reconocerse al relato y a la novela corta el espacio propio de un género con presente en la narrativa contemporánea". Algo misterioso suena eso de "con presente", porque es inevitable preguntarse por el pasado y el futuro de ambos géneros, pero lo que sí está presente es la valentía que supone afirmar tal cosa, y más si el editor es modesto y recién nacido. Aunque en el caso de Busutil, su afirmación se cumple, puesto que ya era hora de que sus cuentos aparecieran agrupados en un volumen.



Los Individuos que pueblan los nueve relatos de este libro tienen en común su desapego, su fracaso, su condición de marginales de una sociedad en la que no parecen tener cabida. Pueden ser políticos corruptos, viejas estrellas que evocan sus años de gloria, ladrones de lencería femenina, maquilladores de cadáveres o fotógrafos encargados de retratar la muerte ajena. Hay algunas temáticas recurrentes en Busutil, que homogeneizan su trabajo: el desdoblamiento de personalidad, por ejemplo, o la presencia de una muerte que tiene que ver con la prolongación de la vida, aunque sea en términos estéticos. El autor es muy hábil para crear atmósferas —hecho, algunos de sus mejores relatos, como "El borrador de huelelas" son, sobre todo, cuentos de atmósfera— y también para dotar a sus personajes de una caracterización impecable. Caracterización, por cierto, que llega hasta el momento de ponerles nombre. Los personajes de Busutil tienen nombres tan prometedores y cargados de resonancias como Chanto Gardey, Labella Ungría o Tato Durán.

Allí donde se aprecia, sin embargo, una mayor solidez, es en el estilo. Busutil maneja bien las herramientas del lenguaje, tiene una prosa fluida que lleva hacia su terreno sin dificultad, y de la que sólo me parece criticable la hiperadjetivación de algunos pasajes. Pecadillo venial, por otra parte. En general, se trata de un buen libro, lleno de pequeñas sorpresas. Y también de un acto de justicia hacia un convencido cultivador del cuento literario.

Care SANTOS

